

EN ESTA CAPITAL:

Por un mes..... 4 rs.
 Por un trimestre.. 10
 Por un año..... 35

FUERA DE ELLA:

Por un mes..... 5 rs.
 Po un trimestre.. 12
 Por un año..... 44

ANUNCIOS GRATIS PARA LOS SUSCRITORES.

EN TOLEDO: Librería de Fando, Comercio, 31, y en la de Hernandez, Zocodover, 6.

EN MADRID: En la de Hernando, Arenal, 11.

EN TALAVERA: En la de Castro. Las reclamaciones se dirigirán al Administrador D. Severiano Lopez Fando.

ANUNCIOS GRATIS PARA LOS SUSCRITORES.

CRÓNICA SEMANAL

DE LA PROVINCIA DE TOLEDO.

AÑO III.

Sábado 23 de Mayo de 1869.

NÚM. 21.

SANTORAL Y EFEMÉRIDES.

Día 24. Domingo. S. Robustiano mr.—Las córtes españolas ordenan en 1814 se erija un monumento á los héroes del 2 de Mayo de 1808.

Día 25. Lunes. S. Gregorio VII papa.—Conquista de Toledo por el rey Alfonso VI de Castilla, en 1085.—Muere en Madrid, en su casa de la calle Mayor, el eminente poeta D. Pedro Calderon de la Barca, en 1691.—Felipe V se apodera de Játiva, en 1707.

Día 26. Martes. S. Felipe Neri cf. y fr.—D. Alfonso III el Magno es proclamado rey de Leon, en 866.—Alzamiento de Sevilla contra los franceses, en 1808.—Muere en Paris José Ignacio Guillotin, célebre médico, inventor de la guillotina, en 1814.

Día 27. Miércoles. S. Julio mr. y Sta. María Magdalena de Pazzis.—Los franceses abandonan á Madrid en 1813.

Día 28. Jueves. Stos. Justo y German.—Entra triunfante en Loja el rey D. Fernando V, su conquistador, en 1486.—Capitulacion de Morella en 1840.

Día 29. Viernes. S. Maximino ob. y cf.—Muere Enrique II de Castilla en Santo Domingo de la Calzada, el 1379.—Es jurado en las córtes de Calatayud heredero del trono de Castilla el príncipe D. Juan, malogrado hijo de los Reyes Católicos, en 1480.

Día 30. Sábado. S. Fernando rey de España.—Muere en Sevilla y es enterrado en la catedral el Santo rey Fernando III, á los 51 años de edad y 25 de un glorioso reinado, en 1252.

En el año último, al conmemorar nuestra crónica el gran acontecimiento de la Conquista de Toledo llevado á feliz remate por la constancia, heroicos esfuerzos y pericia militar de Alfonso el VI el 25 de Mayo de 1085, hicimos un llamamiento al patriotismo de los toledanos, para que en lo sucesivo procurasen recordar este memorable suceso con la pompa y la solemnidad que antiguamente se acostumbraba.

Nuestro Ilmo. Ayuntamiento apreció sin duda las consideraciones que al efecto expusimos, y acordó en consecuencia que el presente año se conmemoren las hazañas del conquistador de la árabe Tolaitola de una manera há tiempo desusada, concurriendo la Corporacion á tomar parte en la fiesta religiosa que de inmemorial celebra nuestra Iglesia; haciendo en aquel dia algunas limosnas de pan á los pobres, colgando la fachada principal de las Casas Consistoriales y disponiendo otros festejos de que se enterará á tiempo al vecindario.

Nada tenemos que decir respecto de este oportuno acuerdo, que en cierto modo nos llena de noble orgullo por haber contribuido á resucitar prácticas antiguas, que eran un constante testimonio de nuestra eterna gratitud á los héroes que á fines del siglo XI empezaron, con la toma de esta ciudad, la epopeya de la reconquista.

Damos por ello nuestros humildes cuanto desinteresados plácemes á la municipalidad, y en su dia, con tan plausible motivo, participaremos de sus alegrías y sus satisfacciones.

LA CONQUISTA DE TOLEDO.

I.

La reconquista, esa epopeya sangrienta y gloriosa á la par, cuyo primer canto empieza D. Pelayo entre las fragosidades de Astúrias, cercado de un puñado de parciales, y cuya última página se escribe por los Reyes Católicos en las poéticas riberas del Darro, en medio de una hueste tan lucida como numerosa, cuenta, como uno de sus episodios más interesantes y trascendentales, la conquista de Toledo.

La ciudad de los concilios, la patria de Recaredo y del malogrado Juan de Padilla, era, á no dudarlo, el baluarte más fuerte, más seguro de los hijos de Islam, y su vuelta á poder de los defensores de la cruz, uno de los hechos que más influencia ejercieron para la caída de la preponderancia árabe en España.

Describir este acontecimiento, de la manera que lo permiten los estrechos límites de un periódico, es lo que nos proponemos hacer en el presente artículo.

II.

El testamento del noble y poderoso rey D. Fernando I, no tan sólo rompe la unidad, apenas efectuada, de las coronas de Leon y Castilla, que la Providencia reunió bajo su mano, sino que enciende la tea que más tarde debía surgir entre sus hijos, una lucha tanto ó más temible, que la que él se vió obligado á sostener con su hermano D. Garcia. Cuando se dan al olvido las lecciones de la experiencia, la desgracia se posa casi siempre sobre la cabeza del que, insensato, despreció tan provechosas enseñanzas.

Guiado por el amor de padre, más que por los deberes de rey, distribuye sus estados, dando á D. Sancho, que era el primogénito, la Castilla, á D. Alfonso, Leon y la Tierra de Campos, á Don Garcia, la Galicia y el Portugal, á Urraca, la ciudad de Zamora y á Elvira la de Toro.

D. Sancho, mientras vive su madre, devora en silencio el descontento que le causara semejante reparticion; pero apenas la losa del sepulcro cubre los restos de la augusta reina, reune sus tercios, y se lanza á recobrar por la fuerza, lo que cree le pertenece en justicia.

D. Alfonso, contra quien se dirige primero, se pone en campaña; pero la suerte le es adversa, y vencido en Plantada y Golpejar, es hecho prisionero en la iglesia de Carrion, donde se acogiera con algunos parciales al ver la derrota de sus huestes.

Desde allí fué trasladado al castillo de Búrgos, de donde, merced á los buenos oficios de su hermana Urraca, salio para el monasterio de Sahagun, á condicion de cubrir con la cogulla aquella cabeza nacida para ostentar una corona.

Poco tiempo despues, y cuando el ambicioso monarca vencedor creia que su hermano, habiendo cambiado la púrpura por el tosco sayal, se encon-

traba incapacitado para aspirar al trono, D. Alfonso, seguido de los tres leales caballeros, Pedro, Gonzalo y Fernando Ansúrez, huía del monasterio, corriendo á acogerse al amparo de Almamúm, rey moro de Toledo, antiguo aliado de su difunto padre.

Recibióle el emir de la manera más afectuosa, dándole por alojamiento una pequeña fortaleza llamada *Bribea*, y consintiéndole formar en ella una especie de colonia cristiana, cuyos individuos servian á sueldo en las taifas reales.

El carácter bondadoso y franco de D. Alfonso le hizo simpático para Almamúm, de tal manera, que nada faltaba al noble proscrito en su destierro: floridos cármenes donde solazar el ánimo; extensos parques y cerrados bosques donde dedicarse á la montería: templos cristianos donde orar, y vasallos nobles y leales que le sirvieran; todo lo tenia en Toledo.

Cuenta la tradicion que una tarde, en la deliciosa Huerta del Rey, reposaban á la sombra de un bosquecillo de tilos D. Alfonso y Almamúm, acompañados de algunos wacires.

El cristiano, fatigado por el calor, quedóse adormecido bajo la fresca sombra de los árboles, en tanto que el rey moro y los suyos, contemplando el conjunto encantador que presenta Toledo desde aquel sitio, empezaron á hablar de la fuerte posicion que la ciudad ocupa.

Aseguraba el rey moro que ningun cuidado le daria encerrarse en su córte con sus taifas; aunque viera venir sobre ella todos los ejércitos del mundo coligados, porque estaba bien persuadido de que su córte era inexpugnable.

—No os tome en cuenta Alah ese imprudente alarde de orgullo, señor, respondió el más anciano de los wacires.

Si Toledo fuese cercada por un enemigo poderoso y constante, que arrasara sus campiñas por espacio de siete años seguidos, la ciudad caería á sus piés estenuada de hambre.

—¡Silencio! ¿No ves que hay una persona extraña entre nosotros? replicó el monarca en voz baja, señalando á D. Alfonso, que, habien to oido perfectamente la conversacion, continuaba fingiendo que dormia.

—Es verdad, he sido un imprudente, señor; pero os juro que si ese cristiano no duerme, y el secreto de la rendicion de Toledo ha sido escuchado por él, no podrá jamás revelarle.

Y el wacir, alzándose con presteza, se dirigió al jóven, y desnudando su acero fingió asestarle un golpe terrible al corazon.

La aguda punta del puñal rozó el vestido de D. Alfonso, que tuvo la suficiente fuerza de ánimo para soportar tranquilo tan terrible prueba.

Otros cuentan que lo que se hizo fué echarle plomo derretido en la mano para probar si dormia, y que por eso se le llamó *el de la mano foradada*; pero nosotros creemos que, caso de ser cierta semejante ocurrencia, sucedería de la manera que hemos referido.